

CESEDEN

LOS NUEVOS PANTALONES ROJOS

Por el General A. PERETIE

Artículo de la Revista DEFENSE NA-
TIONALE, Julio de 1975, traducido por
el Comandante PLANELLS BONED.



Octubre 1976

BOLETIN DE INFORMACION NUM. 104 - II

El paso de la maniobra convencional a la acción nuclear presenta un problema difícil en razón de las servidumbres políticas a las que se ve sometida y la incertidumbre en cuanto al momento en que tendrá lugar la decisión de empleo de las armas nucleares tácticas. Esto es, en el fondo, lo que se trata aquí.

El autor critica la práctica revelada por algunos ejercicios en los que los técnicos colocan en las actuaciones con medios acorazados un episodio nuclear del que ellos son los únicos dueños. Recordando que el enemigo también posee el arma nuclear táctica, el autor exhorta a estos teóricos a una mayor prudencia, y sugiere una nueva articulación del Cuerpo de Batalla en unidades centradas en torno del vector terrestre "PLUTON".

Su crítica en relación con el optimismo aventurero de ciertos tácticos no afecta a ninguna concepción oficial con valor de Doctrina. Por otra parte, diremos al final de las preguntas que hace surgir su sugerencia de una nueva articulación de las Fuerzas. Subrayemos que el General Peretie, antiguo alumno de la Escuela Politécnica, y actualmente adjunto del General Comandante de la II^a Región Militar, se expresa libremente en este artículo, a título personal. Nuestra revista considera que es un deber publicar - las ideas nuevas y las sugerencias capaces de hacer progresar la reflexión concerniente a la defensa y a los problemas militares.

Da acogida, pues, a cualquier texto interesante que se inspire en una intención similar.

La enseñanza o enseñanzas de la Historia, ¿serán tan estériles que se pueda producir, sin riesgo de equivocaciones, la repetición de los mismos errores de juicio, de las mismas faltas de comportamiento observadas durante un gran periodo de la I^a Guerra Mundial?.

¿No se ha considerado reiteradamente la falta de discernimiento de nuestros Jefes en 1914, cuando lanzaron de forma impensada oleadas de "pantalones rojos" contra las ametralladoras alemanas? . La lista de los muertos de la Guerra demuestra, en todas nuestras ciudades y pueblos, lo que este error costó al país. Es cierto que en aquellos tiempos, no contentos en facilitar la tarea de los apuntadores adversarios ofreciéndoles unos blancos seguros, algunos de nuestros más relevantes tácticos basaban su esperanza de éxito en el valor, abnegación y moral de los hombres, y especialmente de los infantes a quienes lanzaban con filas apretadas en asaltos a la bayoneta considerados irrestibles, hasta que los hechos les demostraron su error. Aquellos insensatos consideraban desdeñosamente a los que intentaban demostrarles el carácter implacable del fuego que batía el obstáculo construido por alambradas. Guardémonos de que un error similar no vuelva a resurgir en estos días.

En efecto hay oficiales que, sin duda, confortados en su ánimo por el recuerdo de las victorias ganadas gracias a las oleadas de medios acorazados que dirigieron en tiempos pretéritos, se imaginan que no ha cambiado nada desde 1945. Esto es, al menos, la impresión que dan ciertos ejercicios en las que se plantean acciones de fuerzas a base de medios clásicos más o menos apoyados con fuegos nucleares; acciones que no dejarían de sembrar el estupor y el pánico de un adversario que se ofreciera completamente y sin reacción a sus golpes.

Desde luego, esto no es lo que ellos dicen sino lo que hacen. Desde que se decidió prever el empleo del arma nuclear táctica, nuestros oídos resuenan con las declaraciones de principios de este tipo: "La acción nuclear constituye el hecho culminante del combate y todo en la maniobra, antes y después, le queda subordinado". No es que esto sea inexacto, pero es necesario tener cuidado de no desnaturalizar una noción de doctrina por el empleo de términos vagos, de conceptos poco racionales, basados más en la imaginación que en la reflexión.

Pero lo que sí ya es grave, es ver que la contradicción y la incoherencia aparecen en el empleo de las fuerzas clásicas, incluso cuando se pretende conformar a los imperativos tácticos deducidos de un determinado axioma. En lugar de subordinarlo todo en materia de organización de las fuerzas, de procedimientos, de actitudes preliminares, de explotación de acciones por el fuego, etc. a los efectos que se pueden razonablemente esperar que se obtendrán sobre un adversario mal conocido, móvil y al que hay que atribuir un comportamiento que garantice la supervivencia de las unidades, adversario que es capaz en cualquier momento de realizar la ac

ción de fuerza nuclear destinada a romper a su favor el equilibrio de los medios en presencia, se actúa en primer lugar como si pudiéramos prescindir de la acción nuclear o como si ésta no fuera en el fondo más que un episodio sin gran importancia, en definitiva, más embarazoso -pues su ejecución es difícil- que verdaderamente útil en el desarrollo de la maniobra. Es entonces cuando se intenta conseguir una postura favorable de acuerdo con criterios que tienen ya treinta años, mediante el empleo en potencia de las pocas fuerzas clásicas de que se dispone, y luego después de una pausa que permite a los tecnócratas del fuego nuclear efectuar un ejercicio de estilo, se vuelve a la conquista de objetivos geográficos como si el fuego nuclear decidido desde lejos, ejecutado casi a ciegas y generador de efectos relativamente fugaces, hubiera eliminado bruscamente toda posibilidad de reacción y de maniobra del enemigo. El resultado, indiscutible, de estos comportamientos es exponer a las fuerzas a que se desintegren como la nieve al sol, en acciones en que la ley del número no está de su parte, a que corran el riesgo de todo momento de ser aniquiladas por algunos impactos nucleares enemigos, tanto más eficaces cuanto más se olvide preverlos en el programa; no se toma entonces ninguna de las precauciones elementales de supervivencia adecuadas; y finalmente, a lanzarse a un combate de encuentro inútil y perdido de antemano ya que, en él todavía, la ley del número juega inexorablemente en contra de unas unidades debilitadas, cuyo único recurso es hacerse destruir magníficamente.

Desde luego, hay en ello una imagen esquemática de un comportamiento que no pretendemos en absoluto presuponga una doctrina oficial. Sin duda también las servidumbres políticas que pesan en el empleo de fuego nuclear, bien sea táctico o estratégico, no facilitan la solución del problema tan delicado que plantea el paso de la acción convencional o la acción nuclear. Sin embargo, es posible actuar de modo que la empresa tenga éxito. Con otros métodos, esto puede y debe tener éxito, es decir, no solamente proporciona la victoria, sino también alcanzar sin riesgos excesivos la finalidad política que el Gobierno asigna a esta acción.

Veamos, en efecto, los datos del problema. Se trata de impedir la irrupción violenta de masas de medios acorazados y mecanizados que actúen clásicamente en las tres dimensiones, o lo más probablemente, que traten de barrer de su paso, mediante un empleo limitado pero suficiente de armas nucleares tácticas, todo lo que intente detener el avance o que lo retrase excesivamente.

Se puede admitir, como dato básico, que el adversario, si cree con el grado suficiente en el empleo por el defensor de las armas nucleares

tácticas y si quiere, de acuerdo con su doctrina, obtener efectos de choque, de sacudida y dislocación del dispositivo de este defensor, no limitará su acción al empleo exclusivo de sus fuerzas clásicas, ya que, al hacerlo así, se expondrá a sufrir gratuitamente, o casi, unas pérdidas tan elevadas que su empeño se vería condenado desde su inicio. Todo lo más, podría sacrificar un primer escalón suficientemente dotado formado por tropas de menor entidad, para forzar al adversario a tomar la iniciativa nuclear, de lo cual podría obtener ventajas políticas concretas. Esto sería, por su parte, una maniobra hábil, ya que, además de la ventaja mencionada, obligaría al defensor a descubrirse y a empeñar su potencial nuclear limitado. Se ve en ello, que la idea de los que preconizan tomar la iniciativa nuclear no parece particularmente acertada.

En todos los casos figurados, se trata para una y otra parte de eliminar, ya sea aniquilándolo, dislocándolo, o paralizándolo, al sistema de las fuerzas enemigas. Se trata, además, para el que avanza, de superar los obstáculos que prohíben la progresión de sus unidades, mientras que el campo defensor podrá, en caso extremo, contentarse con impedir que el adversario desemboque en fuerza a través de una zona de obstáculos naturales o artificiales, al abrigo de los cuales conservará casi intacto su potencial de defensa, y estará en una buena posición para discutir en torno a una mesa de negociaciones, la solución honorable para las dos partes, de un conflicto cuya resolución por las armas se ha hecho problemática.

Si esta solución se viera que es ineficaz, aunque el problema del franqueamiento de una zona de obstáculos y especialmente, de una cortadura importante, bien batida por el fuego nuclear, no haya recibido todavía el principio de una solución plausible - ¿cómo podría presentarse combate en terreno despejado? .

Para responder a esta pregunta, es preciso reunir todo lo que se sabe de la táctica del que lleva la iniciativa, es decir, del agresor, de lo que puede aceptarse como riesgos de concentración peligrosa (densidad, duración), de la capacidad de reacción de un sistema de lanzadores de armas nucleares (plazos, flexibilidad), de las características técnicas (alcance, precisión, potencia de las cabezas de combate), de la vulnerabilidad intrínseca de los medios empleados.

Queda por conseguir, luego, y esto no es sencillo, un conocimiento suficiente del despliegue enemigo presente y futuro.

La consideración e integración de todos estos parámetros conducen a conclusiones parciales cuyos principios son los siguientes:

Aún suponiendo que se conozca en todo momento el dispositivo enemigo es imposible (por falta de medios) obtener la aniquilación física de las fuerzas con la aplicación única de los proyectiles nucleares en los puntos adecuados, y esto, incluso, teniendo en cuenta el efecto acumulativo de las explosiones simultáneas o muy próximas, efecto muy incierto y al que no pueden atribuirse demasiadas virtudes. Si se contenta con una "destrucción táctica" de las unidades desplegadas en el terreno (30 a 50% de pérdidas inmediatas en el seno de cada una de ellas), es preciso todavía renunciar a ello, ya que los medios necesarios siguen siendo muy superiores a los disponibles.

Por otro lado, esta situación ideal de un conocimiento perfecto del enemigo no se verá jamás realizado. Solamente puede lograrse, y aún con un gran margen de incertidumbre y de imprecisión, la reconstitución aproximada, en un momento dado, del despliegue y esto, en una zona de terreno poco profunda (10 a 20 Km.) El único efecto que se puede esperar que se obtenga será entonces una neutralización más o menos prolongada de las unidades que se verán afectadas directamente por los efectos físicos de las armas aplicadas dentro de su zona. Pues bien, esta neutralización es efímera. Si se le da tiempo y su entrenamiento colectivo ha sido correctamente efectuado, la unidad, grande o pequeña, volverá a encontrar rápidamente una capacidad de combate significativa. Es preciso, pues, hacer definitivo lo que las armas han conseguido temporalmente y esto solo puede ser el cometido de las fuerzas clásicas. De ello se deduce una conclusión de carácter general: en terreno despejado y a fin de destruir una unidad enemiga, es preciso asociar a la acción nuclear un conocimiento suficiente del objetivo y la intervención en los plazos fijados de una fuerza clásica de un volumen y naturaleza adecuados (acorazada y mecanizada) de tal manera que la unidad neutralizada sea batida y eliminada antes de que haya tenido tiempo para recuperarse. En consecuencia, y en esta forma de actuación, solo es malgastar las armas nucleares el emplearlas sin estar en condiciones de explotar los efectos, es decir lanzándolas a una distancia demasiado grande de las unidades de explotación. También es un desperdicio del armamento, su utilización en función de una planificación establecida con horas o medias jornadas de antelación, sin que sea posible ajustar el volumen, la localización y horario de los fuegos de acuerdo con las indicaciones de las unidades encargadas de explotar sus efectos.

De ello se deduce que es vano pretender separar la maniobra en fases distintas, marcha de aproximación, recogida de información de conjunto, decisión y ejecución de un fuego nuclear múltiple casi a priori, y finalmente maniobra de explotación adaptada de un modo vago a la zona de ruptura (de hecho, los objetivos asignados a la explotación están casi siempre situados mucho más allá de la zona de ruptura, la cual corre a cargo de un segundo escalón de fuerzas).

La marcha de aproximación al enemigo exige que se abandone toda idea de montar una emboscada de gran envergadura, ya que no se puede garantizar la elección del terreno ni del momento. La recogida de información por reconocimientos ofensivos no permite, en general, otra cosa que bosquejar el contorno de vanguardia del enemigo, apenas la articulación de los elementos de cabeza, salvo si se emplean acciones de fuerzas clásicas extremadamente peligrosas y costosas. Se produce luego un largo período de espera -de varias horas, a menos que ya se haya tomado la decisión política de empleo del fuego nuclear (1)- durante el cual todo puede cambiar o en cualquier caso, todo es vaporoso, vago y poco ordenado, preludio de una acción casi ciega y generalmente tan ambiciosa como poco eficaz. Finalmente, dado que sólo hay una coordinación muy somera entre la ejecución de la acción nuclear y la organización de la explotación, ésta se inicia con dificultad en la zona de los efectos, no se hace nada para asegurar la destrucción de las unidades atacadas y desorganizadas (esto no es su misión), llega tarde, de todas formas, a las que forman el borde posterior, y se encuentra no solamente incapaz de conquistar estos objetivos lejanos, sino que se compromete en un combate clásico contra un enemigo superior en número que le espera bien emplazado. En calidad de "acontecimiento", se ha creado deliberadamente una situación extremadamente delicada para las unidades de explotación, sin haber sacado un provecho real del efecto de choque y de sacudida causado por unas armas que resultan empleadas -prácticamente para nada.

Basta de tácticos ilusorios, que quiere renovar, dándoles otra forma, los asaltos a pecho descubierto de Morhange y de Charleroi. Es preciso desde ahora dar pruebas del espíritu de economía de Harpagón (2) an-

(1).- N. D. L. R. Aunque haya sido tomada esta decisión, hacen falta varias horas, como se subrayó ante la prensa en el Ejercicio EXREL/ Tierra del 5 de Mayo 1975 en Mourmelon.

(2) "El Avaro" de Moliere (N. del T.)

tes de emplear un solo vehículo acorazado, de hacer un solo disparo de cañón, de lanzar una sola arma nuclear.

Es preciso hacer tabla rasa de los procedimientos que solo serían una extrapolación de las fórmulas tácticas de la guerra clásica. Y como quiera que la maniobra ya no puede contentarse con los esquemas de la escuela de guerra con su cortejo de ejes de esfuerzo, de conquista del objetivo, de defensa en línea, es preciso volver a construir partiendo de la organización del acto elemental del combate en torno a cada arma nuclear.

La finalidad a conseguir es realizar la destrucción o, al menos la detención del enemigo mediante la conjugación -se podría decir- también por la adición aritmética- de los resultados de los actos elementales de combate simultáneos y sucesivos. Esto supone construir en torno a un lanzador de arma nuclear una gran unidad inter-arma que estará encargada de servir a este lanzador. La servirá protegiéndole de un modo inmediato y a distancia; determinará el objetivo sin exponerse, sin correr riesgos excesivos; situará este objetivo en situación de blanco y desencadenará a su iniciativa el fuego en el momento en que esté preparada para caer sobre aquél. Una vez terminado el acto elemental de combate, se vuelve a empezar con la misma gran unidad y con una nueva arma sobre otro objetivo. Esto supone reunir en torno al lanzador (rampa Plutón) en la menor de las Grandes Unidades (Brigada), del orden de 6 a 8 pares de unidades clásicas elementales que podrían constituirse con un escuadrón de carros y una compañía mecanizada, cuyas acciones serían apoyadas por artillería clásica autopropulsada a razón de dos baterías por Brigada, por zapadores de asalto mecanizados, a base de una compañía de tres o cuatro secciones a las que añadiría artillería antiaérea, al menos, una batería para la protección prioritaria del lanzador.

Quede claro que se trata de un esbozo que no excluye otras fórmulas de composición ni la organización de unidades de lanzadores que podrían denominarse Unidades de acción de conjunto, y que estarían encargadas de acciones de destrucción o de interdicción sobre objetivos fijos (creación de obstáculos, por ejemplo), que no exigirían la interacción complementaria de las fuerzas clásicas para obtener el efecto buscado.

Finalmente y para adaptarse a los imperativos de economía y de supervivencia de hombres y de medios en las Brigadas que forman el Cuerpo de Baralla, no habría ninguna de estas unidades motorizadas para las que hasta ahora no se ha podido encontrar una doctrina de empleo sa-

tisfactoria, y que constituyen un objetivo o presa privilegiada para los neutrones y las ondas caloríficas emitidas por las armas del enemigo (3).

A este respecto, no hay que dudar en retorcer el cuello de este falso problema de la elección entre la misión y la supervivencia. Es efectivamente de sentido común pensar que una unidad que, debido a su vulnerabilidad y a la ausencia de medidas de supervivencia, no hubiera podido o ~~se~~ ha ~~podido~~ podido conservar el potencial suficiente antes de lanzarse a una misión cualquiera, no sería capaz de alcanzar ninguno de los objetivos marcados. Un soldado muerto, una Unidad destruida antes de haber podido empeñarse en la ejecución de su misión, es el fracaso total, absoluto, sin recursos, mien tras que esta desaparición habría podido evitarse con medidas de supervivencia y protección. Aquí una vez más, y en una empresa cualquiera, es absurdo sacrificar, por falta de precauciones, una fracción del potencial empeñado, con el pretexto de que la ejecución de la misión prima sobre otras consideraciones ya que, de hacerlo así, se está obligado a intentar cumplir la misión impuesta con lo que se haya podido salvar del potencial inicial.

¿No habría valido más proteger, sin exponerla, esta parte del potencial que se ha perdido, ya que, de todas formas, no ha podido participar en el cumplimiento de la misión? . Dicho de otra manera, la virtud de la prudencia se hace indispensable y primordial ante los peligros del campo de batalla nuclear, aún cuando pueda ser lamentable que detrás de esta exigencia, pasen a un segundo rango de importancia las cualidades de orgullo, prestigio, audacia y elegancia: que constituían el prestigio del combate legendario encarnado por los cadetes de Saint-Cyr con su "casoar" y guantes blancos de 1914 o los "Bournazel" con túnica roja de 1926. La guerra nuclear se ha hecho una cosa demasiado seria para que el romanticismo y la nostalgia del pasado tengan cabida en ella.

Todo esto, que acaba de decirse y que parece muy claro, no dejará, sin embargo, de provocar reacciones y oposiciones. Por más verdadero que sea, muchos aceptan con dificultad el abandono de unos principios que han vivido toda su vida, en especial, los infantes y la caballería, que soportan muy mal ver reducidos sus cometidos al nivel de "sirvientes" de arma de este monstruo de los tiempos modernos que es el arma nuclear.

(3).- N.D.L.R. Está en vías de realización la sustitución de las Brigadas Motorizadas por Brigadas Mecanizadas.

clear. Pero es preciso ver que si se hiciera la guerra -y Dios no lo quiera- como algunos se la imaginan hoy, ésto no serviría, porque no puede servir. Así pues, desnudemos de prejuicios a los hombres, olvidemos las enseñanzas de un pasado totalmente superado y no dudemos en hacer la revolución que se impone en las doctrinas, en los modos de acción y en la organización. Seamos innovadores ya que, aunque sólo sea por una vez, la innovación por si sola puede hacer frente a lo nunca visto hasta ahora, al fuego nuclear en el campo de batalla.

- - - - -

NOTA DE LA REDACCION

Puede uno preguntarse si la sugerencia de una articulación en "minibrigadas" centradas en el PLUTON corre el riesgo de comprometer la necesaria polivalencia del Cuerpo de Batalla, el cual ha de poder intervenir a voluntad de la Autoridad Política, en una acción convencional o nuclear.

Sería de desear también la posesión de un esquema de la organización de conjunto de estas fuerzas y saber cómo se ha resuelto -¿en - qué escalón? ¿con qué medios? - el problema de la adquisición y selección de los objetivos nucleares. Desde luego serían necesarios el estudio y una experiencia ficticia sobre un modelo apropiado.

Por otra parte, pueden albergarse dudas sobre si una organización de este tipo facilitará la solución del problema del control del arma mento nuclear por la política, problema difícil, recogido el 21 de mayo pasado en la Asamblea Nacional por varios diputados, y principalmente por el Sr. JOEL LE THEULE en estos términos: "El Sistema actual es am -- biguo y, en razón misma del carácter específico del arma nuclear táctica, encaja mal en el seno de las Fuerzas de maniobra con las fuerzas nucleares".